CAPÍTULO XXVII.

La explosión.

> Cuando el relámpago, surgiendo súbito de entre las nubes, aparece en el mediodía, ofúscase nuestra vista, teme el oído y el asombro nos deja mudos.
>
> THOMSON. — *El Verano.*

El último capítulo estaba destinado, como lo indicaba su título, á recopilar en cierto modo los sucesos anteriores, para poner al lector en el estado de poder formar juicio por sí mismo de las relaciones que mediaban entre el rey de Francia y el duque de Borgoña, cuando Luís, acaso por el crédito que daba á la astrología, que le había asegurado favorable resultado en esta empresa, é inducido sin duda en gran parte por el íntimo convencimiento de la ventaja que llevaba á Carlos por la superioridad de sus luces y conocimientos, había tomado la resolución extraordinaria é inexplicable bajo cualquier otro punto de vista, de confiar su persona á la fe de un soberbio é irritado enemigo: resolución tanto más inconcebible y temeraria, cuanto en aquellos tiempos de desórdenes abundaban ejemplos de que los más formales y auténticos salvo-conductos no ofrecieran segura garantía á las personas á cuyo favor se otorgaran. En efecto, el asesinato del abuelo del duque en el puente de Montereau y en la misma presencia del padre de Luís XI, cuando tuvieron una entrevista en aquel sitio con la mira de restablecer la paz y adoptar las bases de una amnistía general, era para Carlos de Borgoña un ejem-

plo de los más terribles, si se hubiese hallado en disposición de imitarle.

Pero el carácter de este príncipe, aunque violento, arrogante, colérico y porfiado, no dejaba de tener cierta generosidad y buena fe cuando no le arrastraba el ímpetu de sus pasiones: estas dos virtudes sólo son del todo desconocidas á los temperamentos más fríos. No quiso incomodarse para

hacer al rey mejor recibimiento de lo que exigían las leyes de la hospitalidad; pero tampoco demostró designio alguno de traspasar los sagrados límites que prefijan aquellas.

Al otro día de la llegada del rey hubo una revista general de las tropas del duque de Borgoña; y eran en tan gran número, y se presentaban tan bien armadas y equipadas, que acaso celebró Carlos tan favorable coyuntura para ofrecer este espectáculo á su gran rival. Al paso que, con toda la atención que debe un vasallo á su señor feudal, le decía que aquellas tropas eran las del rey y no las suyas, el movimiento de su labio superior y el rayo de arrogancia que brillaba en sus ojos indicaban con harta claridad lo insignificante de

este cumplido, y la certeza en que estaba de que un ejército tan lucido, exclusivamente á sus órdenes, estaba tan dispuesto á marchar sobre París, como á cualquiera otra parte que se le antojase. Lo que probablemente aumentaba la mortificación de Luís, era distinguir en él muchas banderas de caballeros franceses, no tan sólo de Normandía y de Bretaña, sí que también de provincias las más inmediatamente sometidas á su autoridad; que por diversos motivos de disgusto se ligaran con el duque de Borgoña, é hicieran causa común con él.

Consecuente con su carácter, manifestó Luís hacer muy poco caso de estos malcontentos, mientras en realidad calculaba en su interior los medios que podría adoptar para separarlos del servicio de Borgoña é incitarlos á entrar en el suyo; y resolvió hacer sondear secretamente á Oliverio y otros agentes sobre este punto á los principales de ellos.

Él mismo trabajó con esmero, pero con la mayor precaución, para captarse la voluntad de los primeros oficiales y consejeros de Carlos, empleando al efecto los medios de que sabía valerse, tratándoles con respeto y consideración, dispensándoles con maña ciertas lisonjas de vez en cuando, y haciéndoles con liberalidad algunos regalos, no, según decía, para que faltasen á la fidelidad que debían á su augusto amo, sino con el fin de excitarlos á hacer todos sus esfuerzos para mantener la paz entre Francia y Borgoña, objeto muy loable en sí mismo, y tan evidentemente dirigido á asegurar la felicidad de ambos países y de los príncipes que los gobernaban.

Las atenciones de un poderoso y sagacísimo monarca adelantaban ya mucho por sí mismas: las adulaciones producían nuevo efecto, y los regalos, que las costumbres de aquel tiempo permitían á los cortesanos borgoñones aceptar sin escrúpulo, obtenían aún mayores ventajas. Salieron á la caza del jabalí, y cuando el duque, lleno de ardor en todo lo que emprendía, ya fuesen negocios políticos ú objetos de diversión, se entregaba enteramente al placer de este ejercicio, Luís, libre de la sujeción de su presencia, halló medio de hablar ocultamente y á solas con varios de los cortesanos en quienes se suponía poderoso influjo sobre el ánimo de Carlos, entre los cuales no fueron olvidados Hymbercourt y

Comines. Con las insinuaciones que hizo á estos dos hombres distinguidos, no dejó de mezclar ciertos elogios de valor y talento militar del primero, como á la fina censura y conocimientos literarios del futuro historiador de aquella época.

Esta ocasión de poder personalmente conciliarse, ó sobornar si se quiere, los ministros de Carlos, era acaso lo que se proponía el rey como uno de los principales objetos de su visita, en el supuesto de que sus roncerías no surtiesen buen efecto en el mismo duque. Existían tantas relaciones entre la Francia y la Borgoña, que muchos nobles de este país tenían en el primero intereses presentes ó esperanzas futuras: y el favor de Luís podía serles tan útil en esta parte, como perjudicial su disgusto.

Muy idóneo para este género de maquinaciones como para todas las demás, liberal hasta la profusión cuando lo exigía el logro de sus proyectos, sumamente hábil para dar tanto á sus proposiciones como á sus regalos plausible apariencia, logró el rey someter el orgullo de los unos al yugo del interés, y presentar á los otros, verdaderos ó simulados patriotas, el bien común de la Francia y de la Borgoña como ostensible motivo, en tanto que el beneficio personal de cada uno, semejante á la rueda oculta que da impulso á una máquina, no dejaba de obrar poderosamente por más que no estuviesen á la vista los resortes. Sabía conocer el cebo que convenía á cada uno y el modo de presentarle. Escurríanse sus regalos en la manga de los que eran harto orgullosos para tender la mano; y no ponía la menor duda en que su generosidad, cayendo como el rocío silenciosa é imperceptiblemente, produciría en tiempo oportuno abundante cosecha, por lo menos de buena voluntad y quizá de buenos oficios, en favor del que hacía el obsequio. En fin, aunque desde mucho tiempo tenía abierto el camino por medio de sus agentes, para procurarse en la corte de Borgoña una influencia que pudiese ser ventajosa á los intereses de Francia, sus esfuerzos personales, con el auxilio seguramente de los informes previamente recibidos, hiciéronle adelantar más en pocas horas de lo que consiguieran en muchos años de negociaciones los instrumentos empleados hasta entonces.

Existía en la corte de Borgoña un individuo que Luís deseaba ardientemente atraer á su partido, á quien buscara

inútilmente desde su llegada: era el conde de Crève-Cœur. Muy lejos de estar resentido contra él á causa de la firmeza que desplegó como embajador en el castillo de Plessis, halló por el contrario en su conducta y carácter nuevo motivo para granjearse su amistad si fuese posible. No le agradó mucho, por consiguiente la noticia de que el conde había marchado á la cabeza de cien lanzas á las fronteras de Brabante, para socorrer al Obispo en caso necesario, ya fuese contra Guillermo de la Marck, ó contra sus propios vasallos descontentos; pero consolóse con la idea de que la aparición de aquella fuerza unida á los avisos despachados por fieles mensajeros, impedirían que estallasen en aquel país alborotos prematuros que preveía pudieran hacer muy precaria su situación.

La corte comió en el bosque á medio día, como se acostumbraba frecuentemente en aquellas grandes cacerías, lo que esta vez fué muy del agrado del duque, que deseaba libertarse todo lo posible de aquella solemne y ceremoniosa atención que en todo otro caso se veía obligado á observar con Luís. Realmente, el profundo conocimiento que tenía el rey de las debilidades de la naturaleza humana, fascinárale en esta ocasión. Creyó que el duque no hallaría palabras para expresar la satisfacción de recibir de su soberano semejante prueba de condescendencia y confianza; pero no tuvo presente que la dependencia en que se hallaba el ducado de Borgoña de la corona de Francia, era una secreta y amarga mortificación para un príncipe tan rico, soberbio y poderoso como Carlos, que por cierto nada deseaba tanto como convertir su ducado en reino independiente. La presencia del rey en su propia corte imponíale la obligación de representar en ella el papel secundario de vasallo, y de cumplir diferentes actos de sumisión y acatamiento feudal, lo que en un hombre de tan altivo carácter parecía perjudicar á la calidad de príncipe soberano, que en toda ocasión afectaba sostener en cuanto le era posible.

Pero la misma llaneza que se gastó comiendo sobre el verde césped y abriendo toneles al són de las bocinas, con toda la libertad que permite un banquete campestre, le impulsó con mayor fuerza á observar en el festín de la tarde todas las leyes de la más solemne etiqueta.

Habiéndose dado órdenes anticipadas al efecto, al entrar en Perona, el rey Luís encontró un banquete preparado con un esplendor y magnificencia digna de la opulencia de su formidable vasallo, que poseía casi todos los Países-Bajos, entonces la más rica comarca de Europa. Estaba el duque sentado á la testera de una gran mesa que gemía bajo el peso de una vajilla de oro y plata, en que se sirvieran con profusión los más exquisitos manjares. Á su derecha, y en silla más elevada, estaba el rey su huésped; detrás del duque, á un lado, el hijo del duque de Gueldres, que desempeñaba las funciones de gran escudero trinchante, y al otro su bufón Glorioso, que casi nunca se separaba de él; pues, como la mayor parte de los hombres de su carácter ordinario é impetuoso, Carlos llevaba al extremo el gusto general por los locos y bufones, que reinaba en todas las cortes de aquel siglo; experimentando al verles desplegar sus debilidades mentales, ó al escuchar sus extravagantes agudezas, aquel placer que su rival más inteligente, pero no más benévolo, prefería encontrar en la observación y examen de las imperfecciones de la humanidad, considerada bajo un punto de vista más noble, riéndose de «los temores del valiente y de las locuras del sabio.» Y, en efecto, si es verdad, como lo refiere Brantome, que un loco de corte, habiéndole oído á Luís XI en uno de sus arrebatos de arrepentimiento y devoción confesar que había sido cómplice en el envenenamiento de su hermano Carlos, duque de Guiena, y que lo contó al día siguiente en la mesa delante de toda la corte reunida, es de creer que los chistes de los locos de profesión tuvieron muy pocos atractivos para este monarca en todo el resto de su vida.

En esta ocasión no se desdeñó sin embargo de fijar su atención en el loco favorito del duque y aplaudir sus respuestas. Lo hizo con tanto mayor gusto, cuanto que observó que aun cuando la locura de Glorioso se expresase frecuentemente con grosería, no dejaba de contener más finura y mordacidad de la que suele hallarse por lo común entre los hombres de su clase.

Realmente, Tiel Wetzweiller, por sobrenombre Glorioso, distaba mucho de ser un bufón de ordinario temple. Era alto, buen mozo y sobresalía en gran número de ejercicios, lo que parecía apenas conciliarse con la imbecilidad mental, pues

necesitó por lo menos de gran paciencia y atención para adquirir estos conocimientos. Seguía ordinariamente al duque á las cacerías y aun á la guerra; y en la batalla de Montlhery, cuando este príncipe corrió grave riesgo, habiendo sido herido en la garganta y hallándose á pique de ser hecho prisionero por un caballero francés que tenía ya asidas las riendas de su caballo, Tiel Wetzweiller atacó á este enemigo con tal denuedo, que le derribó y libertó á su señor. Acaso temió que este servicio pareciese harto importante para un hombre de su condición y le suscitase enemigos entre los caballeros y señores que abandonaron al loco de la corte el cuidado y seguridad de su soberano: lo cierto es que, en lugar de solicitar elogios por esta hazaña, procuró solamente provocar la risa á sus expensas, é hizo tantas fanfarronadas por el modo con que se condujo en la batalla, que muchos creyeron que el socorro ofrecido tan oportunamente al duque era una circunstancia imaginaria, como todo el resto de su narración. En aquel lance recibió el epiteto de *Glorioso*, y no se le llamó en adelante de otra manera.

Glorioso se presentaba ricamente vestido y casi nada conservaba del ordinario traje de la gente de su clase; y si algo aparecía aún en él, expresaba esto más bien un carácter simbólico que literal. En lugar de llevar rapada la cabeza, abundantes rizos de su largo cabello salían por debajo de su gorro y reuníanse á una barba bien peinada y dispuesta con simetría: sus facciones eran proporcionadas, y pudieran aun pasar por hermosas, á no ser por cierto extravío que se notaba en el brillo de sus ojos. Una pequeña tira de terciopelo colocada en la parte superior de su gorro, parecía anunciar mejor que representar la cresta de gallo, atributo distintivo de un loco de profesión. Su vara de ébano remataba, según costumbre, en una cabeza de loco, de plata, con orejas de asno; pero era tan pequeña y delicadamente esculpida, que, á no examinarse muy de cerca, pudiera creerse que llevaba el bastón de oficio de alguna dignidad más grave. Tales eran en todo su traje las únicas insignias que diesen á conocer su estado. En todo lo demás, rivalizaba en magnificencia con la mayor parte de los caballeros cortesanos. Notábase en su gorro una medalla de oro, y en su cuello una hermosa cadena del mismo metal, sus ricos vestidos no eran más caprichosos que los de

aquellos jóvenes petimetres extremados en la moda del día.

Carlos, y Luís para imitar á su primo, dirigieron la palabra varias veces á este personaje durante la comida, y ambos riendo con satisfacción, manifestaban cuánto les divertían las respuestas de Glorioso.

—¿Para quién son esas dos sillas desocupadas?—preguntóle Carlos.

—Una de ellas por lo menos debería pertenecerme por derecho de sucesión—respondió Glorioso.

—¿Y por qué, tunante?—dijo Carlos.

—Porque son para el barón de Hymbercourt y el señor de Comines, que han ido tan lejos para hacer volar sus halcones, que olvidaron la comida. Es así que los que prefieren un halcón volando á un faisán en la mesa son próximos parientes de los locos: luego yo debería tener derecho á sus sillas en la mesa, como parte que forman de su herencia de bienes muebles.

—Ese es un chiste que ya peina canas, amigo Tiel—dijo el duque:—pero sean locos ó sabios, hé aquí que llegan para reparar su falta.

Comines é Hymbercourt entraban en este instante en el salón, y después de haber saludado respetuosamente á los dos príncipes, fueron á ocupar silenciosos los asientos que se les habían reservado.

—¡Y bien, señores!—dijo el duque—preciso es que vuestra caza haya sido muy buena ó muy mala, pues perdisteis en ella tanto tiempo; pero ¿qué es esto, señor Felipe de Comines? ¿qué triste ademán es el vuestro? ¿Os ha ganado Hymbercourt alguna apuesta de consideración? Sois un filósofo, y deberíais sobrellevar con mayor resignación los caprichos de la fortuna. ¡Por san Jorge! Hymbercourt me parece que está tan consternado como tú. ¿Qué quiere decir esto, señores? no disteis con ninguna pieza de caza? perdisteis los halcones? ¿se os ha presentado alguna bruja? ¿os ha salido al encuentro en el bosque el cazador *fantasma?* (1) Por vida mía, más bien parece que asistís á un entierro que á un festín.

(1) La famosa aparición á que se llama á veces el *Gran Cazador*. Sully nos habla de este espectro.

Mientras hablaba el duque de este modo, los ojos de todos los circunstantes se habían dirigido á Hymbercourt y Comines. Estaban ambos muy distantes de ser de aquella clase de hombres en quienes es habitual la expresión de penosa melancolía, razón por la cual fueron más notadas su consternación y desmadejamiento. El buen humor y la alegría debida en gran parte á los copiosos brindis de excelente vino, desaparecieron casi al punto mismo; y sin que nadie pudiese indicar la causa de esta mudanza repentina en la disposición general de los ánimos, cada uno se puso á hablar al oído de su vecino como si estuviese aguardando alguna noticia importante é inesperada.

—Qué significa ese silencio, señores?—exclamó el duque levantando la voz, que ya tenía naturalmente muy alta.—Si venís á nuestro banquete con tan extraño aspecto y taciturnidad, más nos valiera que permaneciéseis aún en los pantanos cazando garzas reales ó más bien buhos y mochuelos.

—Señor—dijo Comines—cuando regresábamos de la selva encontramos al conde de Crève-Cœur.

—¡Cómo! ¿Tan pronto ha vuelto del Brabante? Presumo que todo estará tranquilo por allá.

—El mismo conde informará dentro de poco á Vuestra Alteza de las noticias que trae—dijo Hymbercourt—nosotros las sabemos muy imperfectamente.

—¿De veras? Y ¿dónde está el conde?

—Se está vistiendo otro traje para presentarse á Vuestra Alteza—respondió Hymbercourt.

—¡Otro traje, vive Dios! ¿Qué me importa su traje?—exclamó el impaciente príncipe.—Creo que todos habéis conspirado con él para hacerme perder la cabeza.

—Para hablar con mayor franqueza—dijo Comines—desea comunicar las noticias que trae en audiencia particular.

—¡Fuego de Dios!—exclamó Carlos.—He aquí, señor, cómo se portan siempre con nosotros nuestros consejeros. Cuando pueden hacerse con alguna nueva que juzgan de algún interés para nuestro oído, toman inmediatamente un aire de gravedad, y se muestran tan orgullosos de lo que traen, como un borrico de una albarda nueva. Decid á Crève-Cœur que se presente aquí sin demora. Llega de las fronteras de Lieja; pero yo, por lo menos—dijo cargando el acento en el pronombre personal—no tengo en aquel país ningún secreto que no se pueda publicar en presencia de todo el mundo.

Todos estaban en la creencia de que las muchas botellas que había apurado el duque aumentarían su terquedad natural; y aunque varios de sus cortesanos hubieran querido hacerle presente que no era aquella buena ocasión ni para recibir noticias ni para una sesión en el Consejo, sin embargo, harto conocían la impetuosidad de su carácter, para atreverse á hacerle objeción alguna; todos, de consiguiente, quedaron aguardando con ansiedad las novedades que el conde podría comunicar.

Pasáronse algunos minutos, durante los cuales permaneció el duque con los ojos fijos en la puerta con ademán de extrema impaciencia, en tanto que todos los convidados los tenían bajos y dirigidos á la mesa como para ocultar su curiosidad é inquietud. Luís, únicamente, conservaba la mayor serenidad, y hablaba alternativamente con Glorioso y el gran escudero trinchante.

Por fin llegó Crève-Cœur. Luégo que puso el pié en el salón, el duque le saludó preguntándole precipitadamente:

—Y bien, señor conde, ¿qué hay de nuevo en Lieja y en Brabante? La noticia de vuestra llegada ha desterrado la alegría de nuestra mesa; mas espero que vuestra presencia la restablecerá.

—Señor—respondió Crève-Cœur con tono firme pero lúgubre—las noticias que traigo son más propias para ser oídas en el Consejo que en la mesa del festín.

—¿Qué diablos pueden ser?—exclamó el duque.—Quiero saberlas, aunque tuviéseis que noticiarme la venida del Antecristo; pero, voy á adivinarlo. Los liejenses se han rebelado otra vez.

—Esta es la verdad, señor—dijo Crève-Cœur.

—Ya véis—continuó el duque—cómo he acertado en un momento lo que tanto recelabais decirme. ¿Con que esos artesanos sin juicio han vuelto á tomar las armas?... Esta noticia no podía llegar más á propósito—añadió, dirigiendo á Luís una mirada llena de hiel y resentimiento, por más que evidentemente procurase moderarse—pues puedo consultar á mi señor feudal sobre el modo de reprimir á esos revoltosos. ¿Traéis todavía más noticias en vuestra maleta, conde?

Abridla sin recelo; y dadme cuenta en seguida del motivo por qué no corristeis en socorro del obispo.

—Me cuesta trabajo, señor, tener que participar á Vuestra Alteza las demás novedades, porque sé que os afligiréis al oirlas. Mi socorro y el de todos los caballeros del mundo no hubieran sido de utilidad al digno prelado. Guillermo de la Marck, auxiliado de los liejenses rebeldes, se apoderó de Schonwaldt, y le asesinó en su propio castillo.

—¡*Le asesinó!*—repitió el duque con voz hueca y baja, que fué oida sin embargo en todos los ángulos del salón.—Habrás recibido algún parte falso, Crève-Cœur... ¡eso es imposible!

—¡Ah señor!—respondió Crève-Cœur—lo sé por un testigo ocular, por un arquero de la guardia escocesa del rey de Francia, que se hallaba en la sala en el momento de cometerse el crimen por orden de Guillermo de la Marck.

—Y que sin duda era fautor y cómplice de este horrible sacrilegio—exclamó el duque levantándose y dando una patada con tanto furor que hizo pedazos la tarimilla que tenía á sus piés.—Cerrad las puertas de esta sala, caballeros; guardad las ventanas; que ningún extranjero, so pena de la vida, se separe del lugar que ocupa. ¡Gentiles-hombres de mi cámara! desenvainad los aceros. Y volviéndose hacia Luís, avanzó lentamente la mano, pero con ademán determinado, al puño de su espada, mientras que el rey, sin mostrar ningún temor, ni aun ponerse en actitud de defensa, le decía fríamente:

—Esta noticia os ha trastornado el juicio, querido primo.

—No—replicó el duque con acento terrible—pero ha despertado un justo resentimiento que yo había dejado dormitar demasiado tiempo por vanas consideraciones de lugares y circunstancias. ¡Asesino de tu hermano! ¡rebelde contra tu padre! ¡tirano de tus vasallos! ¡aliado traidor! ¡rey perjuro! ¡caballero sin honra! Gracias al cielo, caíste por fin en mis manos.

—Dad más bien gracias á mi locura—dijo el rey.—Cuando nos encontramos en Montlhery con menos desigualdad de fuerzas, presumo que hubiérais querido hallaros más distante de mí de lo que estáis ahora.

Continuaba el duque con la mano en el puño de la espada; pero no la desenvainó. Parecía repugnarle hacer uso de ella

contra un enemigo que no trataba de defenderse, y cuyo ademán tranquilo no podía disculpar ningún acto de violencia.

Entre tanto reinaba en la sala una confusión general. Habíanse cerrado las puertas á la primera orden del duque y tanto éstas como las ventanas estaban bien custodiadas, pero muchos caballeros franceses se habían levantado disponiéndose á defender á su soberano. Luís no había hablado una palabra al duque de Orleans ni á Dunois, desde que habían sido puestos en libertad, sacándolos por disposición suya del castillo de Loches, si es que podía llamarse libertad ser conducidos como se veían con el séquito del rey, antes bien como objeto de desconfianza y sospechas que de atenciones y afecto. Sin embargo, la voz de Dunois fué la primera que se oyó en medio del tumulto y dirigiéndose al duque de Borgoña le dijo:

—Señor duque, olvidáis que sois vasallo de la Francia, y que nosotros, vuestros convidados, somos todos franceses. Si levantáis la mano contra nuestro soberano, preparaos á los más violentos efectos de la desesperación: en este caso tened entendido que apagaremos nuestra sed con sangre de Borgoña, como acabamos de hacerlo con su vino. Ánimo, príncipe de Orleans; y vosotros, caballeros franceses, colocaos á mi lado é imitadme.

Estos son los lances en que conoce un rey los vasallos con quienes puede contar. Los pocos caballeros y señores independientes que habían seguido á Luís, la mayor parte de los cuales no recibieran de él más que desprecios y disfavor, se pusieron inmediatamente al lado de Dunois, sin que les impusiera una fuerza infinitamente superior, que no les dejaba más esperanza que una muerte gloriosa; y se abrieron camino hacia la testera de la mesa donde se hallaban los dos príncipes.

Aquellos, por el contrario, á quienes Luís había sacado de la nada para confiarles destinos importantes, que no merecían, se mostraron fríos y cobardes; y permaneciendo tranquilamente sentados, parecían resueltos á conformarse con su destino, sin entrometerse en aquel asunto, por más peligros que corriese su bienhechor.

Á la cabeza del partido más generoso y leal estaba el venérable lord Crawford que, con una agilidad que nadie hubiera

esperado de su edad, se hizo paso venciendo toda oposición. Es justo, sin embargo, decir que no fué ésta mucha; pues ya por pundonor, ó por oculto deseo de evitar el golpe que amagaba á Luís, la mayor parte de los caballeros borgoñones se apartaron para dejarle pasar. Colocándose atrevidamente entre el rey y el duque echóse á un lado la gorra, de la que se escaparon los blancos mechones de su cabello; sus pálidas mejillas y arrugada frente recobraron los colores de la juventud; brilló en sus ojos empañados por la edad toda la viva llama de un guerrero mancebo dispuesto á un acto de valor y de desesperación; y envolviendo su brazo izquierdo con la capa que le colgaba del hombro, desenvainó con la diestra el acero.

—He combatido por su padre y por su abuelo—exclamó: —¡por san Andrés! suceda lo que quiera, no le abandonaré en este trance.

Todo esto, que nos ha ocupado algún tiempo para contarlo, pasó con la rapidez de un relámpago, pues no bien el duque había tomado una actitud amenazadora, que ya Crawford se colocara entre él y el objeto de su venganza, y no se hallaba muy distante Dunois con los caballeros franceses apretados en torno suyo.

El duque de Borgoña seguía con la mano apoyada en su espada, y parecía disponerse á dar la señal de un ataque general, cuyo resultado hubiera sido infaliblemente la muerte y destrucción del partido más débil, cuando Crève-Cœur se adelantó con ímpetu, exclamando con estentórea voz:

—¡Señor duque de Borgoña! pensad lo que váis á hacer. Estáis en vuestra casa; sois vasallo del rey. No derraméis bajo vuestro techo la sangre de un huésped, la sangre de vuestro soberano, en el trono mismo que habéis levantado para él, y en el que se sentó bajo vuestra salvaguardia. Por consideración al terso honor de vuestra familia, no queráis vengar un asesinato horrible con otro más horrible todavía.

—Retírate, Crève-Cœur—contestó el duque—y déjame saciar mi venganza. Retírate, digo: la cólera de los príncipes es tan temible como la del cielo.

—Sí—añadió Crève-Cœur, con firmeza—pero sólo cuando es justa como la de Dios. Permitidme suplicaros que reprimáis el primer ímpetu de vuestro genio, por más justamente ofendido que estéis. Y vosotros, caballeros franceses, toda resistencia es inútil: no tengáis á mal que os empeñe á evitar cuando pudiera promover la efusión de sangre.

—Tiene razón—dijo Luís, á quien la serenidad de ánimo no abandonó en esta crisis espantosa, y quien preveía que, empezándose el choque, el mismo calor de la contienda produciría excesos que se evitarían pudiendo conservar la paz.—Primo de Orleans, mi querido Dunois, valiente Crawford, no suscitéis desgracias y derramamientos de sangre, dándoos por agraviados con tanta precipitación. Mi primo el duque está irritado por la noticia de la muerte de un amigo íntimo á quien amaba, del venerable obispo de Lieja, cuyo asesinato siento yo tanto como él. Antiguos y por desgracia nuevos motivos de disturbios le inducen á sospechar que haya yo podido tomar parte en un crimen que me llena de horror. Si mi huésped quisiese asesinarme en este mismo salón, á mí que soy su rey y su pariente, bajo la falsa suposición de haber cooperado al exterminio del prelado, todos vuestros esfuerzos, lejos de aliviar nuestro destino, le agravarían sin duda. Así pues, Crawford, retiraos. Aun cuando debieran ser estas mis últimas palabras, hablo como rey á un oficial mío y exijo obediencia; retiraos, y si os lo reclaman, rendid vuestro acero: yo os lo mando, y vuestro juramento os obliga á cumplir mis órdenes.

—Así es, señor—respondió Crawford, retrocediendo algunos pasos y volviendo á envainar su espada.—Esta es la verdad; pero si me hallase á la cabeza de setenta de mis valientes así como me agobia igual número de años, por vida mía, quisiera ver cómo se lucen esos señoritos con sus cadenas de oro y las preseas que brillan en sus sombreros.

El duque permaneció largo rato con los ojos clavados en el suelo, y dijo después con amarga ironía:

—Tienes razón, Crève-Cœur—mi honor exige que no pague tan precipitadamente como había resuelto á impulsos de mi furor, los beneficios que debo á ese huésped virtuoso, á ese gran monarca, á ese amigo fiel. Obremos de esta suerte para que la Europa entera reconozca la justicia de nuestros procedimientos. ¡Caballeros franceses! fuerza es que entreguéis vuestras armas á mis oficiales. Vuestro señor ha roto la tregua, y no tiene derecho á reclamarla. Sin embargo, por atención á

vuestros nobles sentimientos, y por respeto á la dignidad que ha deshonrado y á la estirpe de que se ha hecho indigno, no exigiré que mi primo Luís rinda su acero como los demás.

—Ninguno de nosotros lo rendirá ni saldrá de este salón—dijo en alta voz Dunois—sin estar cierto de la seguridad de nuestro rey.

—Ningún individuo de la guardia escocesa depondrá sus armas—añadió Crawford—sin orden expresa del rey de Francia ó de su gran condestable.

—Valiente Dunois—dijo el rey—y vos, mi leal Crawford, vuestro celo me será más perjudicial que útil. Confío más—añadió con dignidad—en la justicia de mi causa, que en una vana resistencia que costaría la vida á mis mejores y más esforzados vasallos. Rendid vuestras armas: los nobles borgoñones que recibirán estas honrosas prendas, os protegerán, como á mí, mejor de lo que pudiérais hacer vosotros mismos. Rendid vuestras armas: el rey os lo manda.

De este modo, en tan peligrosa crisis, Luís mostró aquella admirable resolución y presencia de ánimo, que era lo único que podía salvarle. No se le ocultaba que mientras no llegasen á las manos, sería fácil contar con los esfuerzos de la mayor parte de los caballeros borgoñones que se hallaban en el salón para calmar el furor de su amo; pero que si se empeñaba una refriega, debía él ser víctima con su corto número de defensores. Sus más encarnizados enemigos confesaron, sin embargo, que esta vez no hubo en la conducta de Luís circunstancia ninguna que pudiese tildarse de cobardía ni bajeza. Evitó cambiar en frenesí los furiosos arrebatos del duque, pero no dió muestras de temor ni de querer calmar su cólera con humillantes súplicas. Continuó mirándole con aquella atención fija y tranquila que se nota en un hombre de corazón intrépido, que está observando los ademanes amenazadores de un loco, y que se halla persuadido de que la serenidad y firmeza serán un freno capaz por sí solo de reprimir insensiblemente el exceso de la demencia misma.

Crawford, obedeciendo la orden del rey, echó su espada á los piés del conde de Crève-Cœur.

—Tomadla—dijo—y regocijaos, ya que el diablo lo permite. Aquel á quien pertenece no se degrada rindiéndola;

pues no hemos tenido libre el campo para medirla con la vuestra.

—Aguardad, caballeros—exclamó el duque con acento cortado, como el de un hombre á quien la cólera permite apenas articular las palabras—guardad vuestras armas: me bastará la palabra que me déis de no hacer uso de ellas. En cuanto á vos, Luís de Valois, debéis consideraros como mi prisionero, hasta que justifiquéis no haber sido cómplice en ese sacrílego asesinato. Conducidle al castillo... á la torre del conde Herberto. Désele facultad de elegir seis personas de su séquito para estar con él... Lord Crawford, es preciso que vuestra guardia se retire del castillo; se le designará otro alojamiento, un alojamiento honroso... Álcense todos los puentes levadizos; ciérrense todos los rastrillos; colóquese triple guardia en las puertas de la ciudad; trasládese el puente de barcas á la orilla derecha del río; apóstese en el circuito del castillo mi regimiento de walones negros, y triplíquese el número de los centinelas en todos los puntos... Hymbercourt, vos cuidaréis de disponer patrullas de infantería que recorran toda la ciudad de media en media hora durante esta noche, y de hora en hora el día de mañana, si acaso es necesaria todavía esta medida, pues es probable que obraremos con prontitud en este asunto. Por fin, vigilad bien la persona de Luís, si hacéis algún caso de vuestra vida.

Levantóse vivamente de la mesa con el mismo aire de enojo y mal humor, lanzó al rey una mirada de enemistad mortal y salió del aposento con paso precipitado.

—Señores—dijo Luís mirando en torno suyo con dignidad—el dolor por la muerte de su deudo ha causado en vuestro príncipe un arrebato de frenesí. Juzgo que como nobles y caballeros conocéis demasiado vuestro deber, para cooperar con él en alevosas y violentas medidas contra la persona de su señor feudal.

En este instante se oyeron en las calles las diferentes llamadas de cajas y clarines.

—Nosotros somos vasallos de Borgoña—respondió Crève-Cœur, que ejercía las funciones de gran mariscal en la casa del duque—y como tales debemos obrar. Nuestras esperanzas, ruegos y esfuerzos todos se dirigirán á restablecer la paz y unión entre Vuestra Majestad y nuestro señor el duque;

pero entre tanto estamos obligados á ejecutar sus órdenes. Los grandes y caballeros de Borgoña, que están presentes, tendrán á mucho honor hospedar en su casa al ilustre duque de Orleans, al valeroso Dunois, y al venerable lord Crawford. En cuanto á mí, me es preciso ser el gentil-hombre de cámara de Vuestra Majestad y acompañaros á un aposento muy distinto de lo que yo quisiera, atendida la hospitalidad que me acuerdo haber recibido en Plessis. Vuestra Majestad no tiene que hacer más que escoger su séquito: las órdenes del duque le limitan á seis individuos.

—En este caso—dijo el rey, recorriendo con la mirada las personas que le rodeaban, y después de un instante de reflexión—deseo tener cerca de mí á Oliverio el Gamo, á un arquero de mi guardia escocesa, conocido por el sobrenombre de Acuchillado, que puede ir desarmado si así lo queréis, á Tristán el Ermitaño con dos de los suyos á su elección, y á mi fiel y leal filósofo Marcio Galeoto.

—La voluntad de Vuestra Majestad será puntualmente cumplida en todas sus partes—respondió el conde de Crève-Cœur.—Me aseguran—añadió después de haber tomado algunos informes—que Galeoto está cenando muy bien acompañado, pero se le pasará en seguida el aviso. Los demás acudirán inmediatamente á las órdenes de Vuestra Majestad.

—Vamos, pues—dijo el rey—trasladémonos al nuevo alojamiento que me designa la hospitalidad de mi primo. Sé que la plaza es fuerte, espero que no será menos segura.

—¿Sabéis quienes son las personas que el rey Luís ha escogido?—dijo Glorioso en voz baja al conde de Crève-Cœur, siguiendo al monarca que salía de la sala del banquete.

—Sin duda, mi jovial compadre; y ¿qué tienes que decir á esto?

—¡Oh! nada, nada absolutamente, sino que es una elección muy rara: un barbero alcahuete, un matón escocés, el verdugo y dos criados suyos, y por fin, un pícaro charlatán.—Allá voy con vos, Crève-Cœur; quiero subir un grado más en la ciencia de la bribonería observándolos bien cuando los acompañéis al lugar de su destino. Al mismo Satanás le hubiera costado trabajo convocar semejante concilio sin poder gloriarse de ser su más digno presidente.

El bufón, á quien todo se permitía, tomó entonces el brazo de Crève-Cœur y echó á andar con él, mientras que con crecida escolta, pero con todas las demostraciones exteriores de respeto, acompañaba al rey á su nuevo alojamiento (1).

(1) Véase la nota *Q*.